

# EDUCANDO EL CORAZÓN PARA UNA NUEVA CIUDADANÍA DE LA MISERICORDIA

Pbro. Alberto Camargo Cortés

## BÚSQUEDA

Es una invitación a pensar en la necesidad de un cambio profundo en nuestra mentalidad, que nos disponga a una nueva convivencia basada en el respeto y el bien común hacia los demás; en el escenario en construcción de la Ciudad de la Misericordia.

Este cambio profundo requiere un trabajo dispendioso y paciente de educación del corazón. Esto significa tratar de ir al fondo de nuestro ser de colombianos. Y allí, de acuerdo con nuestra condición de mujeres y de hombres, abordar nuestro **sentir** y nuestro **pensar**.

Ir al fondo de nuestro ser es ir al **corazón** y la **cabeza**, y reconocer que en ellos está anclado nuestro drama nacional. Es tal la violencia múltiple que nos ha dominado en estos dos siglos largos de existencia como país, que para **desactivarla**, necesitamos asumir la desafiante tarea de pensarnos, sentirnos, reconocernos y **convivir** de “otra” manera.

Destinatarios culturales de una **herencia de siglos**, nos hemos pensado sólo con la cabeza, dejando de lado el corazón. Las circunstancias de nuestros avatares históricos y los desatinos de nuestros sistemas educativos, nos han llevado a pensarnos mal, pasando por encima de las **sensibilidades** inherentes a nuestra genética cultural, configurando **racionalidades desencarnadas**, causantes de superficialidad ante las raíces de nuestra ancestralidad.

Con este primer tema en nuestro **itinerario formativo**, colocamos las bases de una propuesta que busca ayudar a pensar y reconstruir el país, en los senderos de una **Nueva Cultura para la Paz**, desde el enfoque específico de la fe cristiana católica, fundamentada en lo que para **Jesús de Nazaret** fue central y definitivo en su vida, el **Principio Compasión-Misericordia**.

### Mirada Pastoral:

El interés de esta mirada está en retomar lo que para la ética cristiana se constituyó, desde el Evangelio mismo de Jesús de Nazaret, en **criterio primero** de anuncio y praxis de la irrupción del **Reino de Dios, dador de Vida Abundante y Digna para todos**. Aquello que Mateo 25, 34-35, recoge con

apabullante realidad: **“Vengan, benditos de mi Padre, hereden el Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, estaba sin casa y me hospedaron, enfermo y me visitaron, estuve en la cárcel y fueron a verme...”**.

**La herencia hebrea para el cristianismo:** Detrás de estas palabras, se anuncia desde el Evangelio, el criterio absoluto que juzga las acciones humanas, las decisiones de bondad o maldad de toda praxis<sup>1</sup>. Jesús de Nazaret es heredero del corazón del mensaje bíblico: el genuino pensamiento hebreo que afirma la unidad del ser humano como “carne”, es decir, que integra toda la persona como una unidad inseparable, profundiza su **corporalidad**.

La expresión tomada de la cultura, de la experiencia religiosa y del lenguaje hebreo que describe esta realidad, es **basar**, que quiere decir “todo el ser humano, el orden humano, la historia y la sociedad de los seres humanos”<sup>2</sup>.

La “vida” de la carne, lo que en lenguaje occidental hemos conocido como “alma”, jamás es un co-principio para la mentalidad hebrea, como lo era para los indoeuropeos. El **nefesh** es la “vida” de la carne, por tanto, no está separado de ella, es la persona toda, carne, rostro, su **cuerpo**. El dualismo “alma-cuerpo” no cabe en el profundo pensar de la tradición profética y bíblica. “Por eso, todo lo que está ligado a la “carne” (la sexualidad, la sensibilidad, el gozo, etc.) es siempre bueno, tiene dignidad, es positivo y no se le rechaza nunca –salvo cuando esa carne se totaliza idolátricamente en el pecado-“<sup>3</sup>.

**El desvío del corazón del mensaje bíblico:** Fue un suceso que muy temprano en nuestro cristianismo, marcó una herencia por siglos. Hoy se entiende esto como una tremenda equivocación y está en nuestras manos volver a la **matriz vital** de la experiencia humana que Jesús nos legó.

Tres corrientes culturales **despreciaron la corporalidad** y la **sensibilidad**, declarándolos como **malos**. En el **Helenismo** se pensó que el origen del mal estaba en el “cuerpo”. Vieron el cuerpo como una limitación y parcialización para el “alma”. Por eso buscaron la “liberación del cuerpo”, para poder acceder a la contemplación de las cosas divinas. Este dualismo penetró muy hondo en el cristianismo de los primeros siglos y se asentó en la Escuela de Alejandría.

El **Gnosticismo** declaró el “cuerpo” como producto del pecado del eón Sofía, confinado al mundo de la materia y después, por su arrepentimiento, recuperado y devuelto como partícipe de la Luz.

---

<sup>1</sup> Pérez, Aguirre. Luis. “La opción entrañable”. Paulinas, 2001, p. 17

<sup>2</sup> Ibid, p. 18

<sup>3</sup> Ibid, p. 19

El **Maniqueísmo** pensaba que la materia era un principio eterno como Dios, pero que ella era el origen del mal que, por ejemplo, encadenaba el alma al cuerpo. Un primitivo texto maniqueo afirma: “Malditos los que han formado mi cuerpo, los que han encadenado mi alma”<sup>4</sup>.

Estas corrientes fueron un ataque al corazón del mensaje bíblico, a su concepción de la persona toda, como ya está explicado. Particularmente el Helenismo de diferentes modos ha hecho curso en la historia occidental, quedándose en el sustrato de lo que llamamos una “mentalidad” que ha posicionado el dualismo “alma-cuerpo”, en detrimento de la mentalidad hebrea que marcó la **experiencia religiosa** de Jesús de Nazaret, a través de la cual nos transmitió su relación profunda con su Dios, al que llamó Padre, y al que transparentó en su vida, llevándonos a entender y amar su **Encarnación**.

**Efectos de este dualismo sobre nuestra vida cristiana:** Llevamos mucho tiempo divididos, la sensibilidad va por un lado y la racionalidad va por otro. Es decir, **llevamos siglos pensándonos sin el cuerpo**, en cuanto que el pensar y el sentir han estado separados y, ambos, inseparables, constituyen nuestra persona toda, son nuestro cuerpo. Consciente o inconscientemente, el cuerpo ha sido tenido como nuestro enemigo.

Se podría hacer un desarrollo más extenso de este tema, pero no es del resorte de nuestro trabajo abordarlo aquí; son aspectos propios de una importante antropología amplia que requiere otro lugar.

Por ahora, bástenos comprender este planteamiento para poder afirmar lo vital que es a nuestras búsquedas, **sentirnos y pensarnos como personas totales, con un cuerpo concreto, histórico, cultural, irrenunciable**. Y es en este cuerpo, donde actúan armónicamente, el corazón y la cabeza.

Pero, como efecto del descrito dualismo, en nuestro contexto particular colombiano, nos hemos pensado a medias y nos hemos sentido a medias. Por esto, no han llegado al fondo de nuestro ser, a nuestras entrañas, **el sentimiento y el pensamiento reales, de nuestra particular condición humana**, marcada por la complejidad social que somos, por las violencias que nos configuran y por la desconexión que arrastramos, de nuestro cuerpo personal, respecto de nuestro cuerpo social.

**Asumir nuestro “Cuerpo”, para resolver nuestro conflicto:** Es un aprendizaje humanizador. El rostro humano de nuestra crisis está minimizado.

---

<sup>4</sup> Datos todos, tomados de Pérez, Aguirre, Luis, en o,c, ps. 17 y 18

Expresiones como: “¡Colombia es una chimba!”, “¡Colombia es pasión!”, “¡Somos el país más feliz del mundo!”, etc., son la forma de sostener un imaginario social falso, lo que no somos, lo que disimula la dura ausencia de Cuerpo Social en el país, como consecuencia de la ausencia del Cuerpo Personal o del Cuerpo Humano. Por esto es muy real que padecemos una Crisis Ética, alimentada por la perversidad de los sistemas políticos y sociales, cuyo interés es ocultar esta realidad, para sostener su proyecto dominante.

Para colmar este vacío de persona, de humanidad, es necesario fundar un aprendizaje humanizante. Sentirnos como cuerpo es sentirnos entrañablemente.

Este aprendizaje se inicia sintiéndonos en la piel. No se trata tan sólo del nivel cognoscitivo de la sensibilidad (sentido de la vista, del olfato, del oído...).

Hablamos de una **sensibilidad** que ahonda el “sentir” dolor o gozo, hambre o satisfacción, frío... “nuestra subjetividad es afectada en su intimidad más profunda cuando algo lacera nuestra piel, cuando nuestra carnalidad es herida o atacada en su constitución real por algún traumatismo exterior. Nos referimos a la “sensibilidad” como la resonancia, el impacto en nuestra capacidad de “contento”, de padecimiento, de alegría o de tristeza. Y que produce una reacción que organiza y moviliza nuestras facultades en función de ello”<sup>5</sup>.

**Esta misma sensibilidad vivida en la piel de los otros, es lo que inaugura la asunción de su cuerpo.** Y en este puente tan sencillo entre lo mío y lo de los otros, en conexión honda, comienza a constituirse el cuerpo social. La continuidad del proceso descarta una “caridad momentánea”, desarrollando un “sentir” de indignación ética, por el grado de conciencia que se empieza a tomar frente a los hechos deshumanizantes.

Es aquí donde empezamos a sentir que el hambre, la desnudez, la laceración de su cuerpo, su enfermedad, su dolor, son fruto de una agresión, de un despojo del derecho y de la dignidad e integridad de la vida de los otros. Definimos entonces, que todos estos males son fruto de la maldad, del pecado que desposesionó al otro de su comida, bebida, casa, vestido, salud...

De esto nos habla su cuerpo, su carnalidad, que es buena, ante esta hambre, sed, desnudez, falta de vivienda, frío... que son malos. Y el fondo de la sensibilidad nos está diciendo que no son “sólo” un mal físico, al que por supuesto hay que atender (pero no quedándonos ahí), sino que son un mal

---

<sup>5</sup> Ibid, p, 19

ético, político, comunitario<sup>6</sup>. Son un mal fruto del pecado de la injusticia. Un mal, cuyas raíces hay que combatir.

Nuestro problema es que nos hemos quedado en el nivel de asistencia, generando un conformismo nocivo. Nos ha faltado el sentir con todo el cuerpo. Nos ha faltado el pensar con la sensibilidad.

El *cogito* cartesiano marcó la edad moderna en pensar sólo con la *racionalidad* (*cogito ergo sum: pienso, luego existo*), acentuando para la posteridad las *ideas claras y distintas*. Sin embargo, hoy no impera esta concepción del conocimiento, que definió un tipo de sociedad y selló un determinado sistema educativo.

Está comprobado por la psicología profunda (Freud, Jung, Adler y su escuela)<sup>7</sup> y todo lo que ha venido en adelante, que la base total de nuestro ser, la estructura última de la vida es sentimiento, es afectividad.

En esta base están el **Eros**: pasión, ternura, solicitud, compasión, amor...Y el **Pathos**: sentimiento, asentamiento de la **simpatía** (el sentir-con la realidad) y canalizado a través de la **empatía** (sentir-en, dentro de, identificado con la realidad sentida)

**Pathos** y **Eros** están en el **Corazón**. Su actividad se da antes de la **Razón** (**Logos**). Son la iniciativa de sentir y e identificarse con la realidad sentida. No son un mero sentir, sino un **con-sentir**; no son una mera pasión, sino una **com-pasión**. No son un mero vivir, sino un **con-vivir**, un entrar en **comuni3n**.

La razón tiene la misi3n de dar claridad, ordenar y organizar esta dinamicidad, pero no está por encima de ella. El error en que cayó Occidente fue el dar la primacía a la **Razón** sobre el **Eros** y el **Pathos**. La consecuencia nefasta ha sido sospechar profundamente del placer y del sentimiento, de las **“razones” del corazón**. Y entonces, somos víctimas de la frialdad de la “lógica”. Se pierde el entusiasmo por defender y cultivar la vida, matamos la ternura<sup>8</sup>.

Pero avanzando de la filosofía a la fe cristiana, encontramos todavía una mayor hondura. El eros y el pathos se transforman en los Evangelios como el **Ágape**. **Es un Amor cargado de Justicia**. No se ama al otro por lo que me pueda dar, sino por lo que él o ella son. Por eso será siempre un amor exigente, que pide, reclama, la realización del otro, aunque yo mismo no saque ningún provecho. Es un amor que incluso puede dar la vida por la persona amada (Mt 20,28; 25,40). Es la sentencia descrita por la experiencia de la comunidad del Discípulo Amado: “No hay mayor amor que el que da su vida por el amigo” (Jn

---

<sup>6</sup> Ibid, p, 20

<sup>7</sup> Para una informaci3n rápida y de conjunto sobre estos aspectos de la psicología, recomendamos el sitio “teoriasdelapersonalidadupn.blogspot.com.co”

<sup>8</sup> Pérez, Aguirre, o,c, p, 23

15,13). Así lo comprendió el cristianismo originario desde sus diversas vivencias y expresiones geográficas y culturales.

Por eso hemos acudido a esta remembranza que tiene un profundo origen bíblico. Desde aquí también podemos entender y vivenciar por qué hemos llamado **Principio Compasión Misericordia** esta entrañabilidad que estamos en deuda de recuperar y sobre ella leer y releer nuestra realidad humana.

Por ello hemos atendido al llamado de **Educación del Corazón**. Recuperar este sentido bíblico implica un replanteamiento de todo nuestro sistema educativo y catequético. Nos lleva a un cambio profundo de la actitud, a una manera renovada de vernos y sentirnos, de iniciar una comprensión nueva de lo que somos y estamos abocados a ser desde el inmediato futuro.

El corazón para la tradición bíblica es el centro de lo personal. Entre otras cosas, es una metáfora que designa la sede de los criterios y de las decisiones humanas, incluyendo la inteligencia, la sensibilidad, el afecto. En este mismo sentido, en la diócesis de Engativá, en su Estatuto Epistemológico, hemos enunciado el corazón, como la sede del Principio Compasión Misericordia.

Esta entrañabilidad lo es de todo nuestro cuerpo, su centro es el corazón. Es algo visceral, profundo. Es lo propio de nuestra humanidad.

Y la ética de este profundo sentir es expresado bíblicamente como **Hesed**, lugar donde se gesta la vida sentida y con-sentida. De esta expresión hebrea también, se derivarán para esculpir todavía más hondo todos estos sentidos, las expresiones misericordia y compasión: caminar junto al pobre-sufriente, sentir en las entrañas su grito sufriente.

Por esto, Os 6,6 hablará de “misericordia quiero, no sacrificios”; Lc 6,36 nos exigirá “sean misericordiosos como el Padre es misericordioso”; y el mismo Lucas mostrará en la que es parábola insigne de nuestro Plan Pastoral, “un samaritano que iba de camino, lo vio y sintió compasión” (Lc 10,33).

Educando el corazón en este sentido, será regresar a esta fuente, liberarla de los excesos de racionalidad y comenzar a pensarnos-sentirnos desde ella, profundamente hundidos en nuestra tierra, en lo que somos, en donde se ha gestado tanto dolor, en donde se ha derramado tanta sangre, en donde sentir-acariciar la piel es recibir su lenguaje, tocar sus fibras sufrientes, huir de su superficie para ahondar sus “razones”, las de su sensibilidad pensante.

## **EDUCADOR. (Espiritualidad del...)**

**Carlos Bazarra.**

Hubo una vez un hombre que, tras vivir durante casi cien años en estado de hibernación, un día volvió en sí y quedó sobrecogido por el asombro de tantas cosas insólitas que veía y no podía comprender: los carros, los aviones, los rascacielos, la televisión, las computadoras, los celulares... Caminaba aturdido y asustado por las calles, sin encontrar referencia alguna con su vida, sintiéndose como una rama desgajada del tronco de la vida, cuando vio un cartel que decía: ESCUELA. Entró y por fin pudo reencontrarse con su tiempo. Prácticamente todo seguía igual: los mismos contenidos, la misma pedagogía, la misma organización del salón con la tarima y el escritorio del profesor, el pizarrón, y los pupitres en fila para impedir la comunicación entre los alumnos y fomentar el aprendizaje memorístico e individual. (Antonio Pérez Esclarín, Educar valores y el valor de educar, Caracas, San Pablo 1998, p. 17).

Dos son las actividades fundamentales en la vida humana: engendrar y educar.

Engendrar es producir vida biológica. Es una faceta que tenemos en común con cualquier animal. La capacidad generativa permite la supervivencia de la especie, y es en realidad una cooperación con el Dios creador. De ahí su dignidad. Pero cualquier animal o persona constituida dentro de parámetros normales puede llegar a ser padre o madre. La función generativa no nos hace superiores a los animales.

En cambio la función educativa es propia de la vida humana. Hombres o mujeres podemos trascender la vida biológica, logrando una vida humana, moral y espiritual que nos permite llegar a las estrellas, es decir, compartir una vida en comunión con Dios. Esto no lo hace cualquiera. La tarea formativa no es sólo racional, sino integral, que abarca toda la persona, sus facultades mentales, afectivas, sociales y espirituales.

De ahí su carácter de vocación. Más que una ciencia, es un arte. Requiere unas cualidades innatas que podemos desarrollar. El artista tiene sensibilidad y aptitud que puede potenciar, pero sin ellas es inútil ir a una academia de artes. Se pierde el tiempo.

Me atrevo a hacer una afirmación. En la vida, no cabe una postura neutral: cada uno de nosotros puede formar o deformar. Es el planteamiento

que Yahveh le hizo a Moisés: “Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia... Escoge la vida para que vivas” (Dt 30, 15 y 19).

El ser humano pasa por la vida edificando o destruyendo, con su testimonio, con su palabra, con su silencio, con su amor o con su odio, con su amargura o con su serenidad.

En un colegio o escuela podemos encontrar profesores que saben muchas matemáticas, ortografía, geografía o historia. ¡Bendito sea Dios! Pero un buen profesor no es necesariamente un educador. Puede ser un deseducador. El ideal es lograr profesores-educadores.

En el orden de la naturaleza una madre puede ser analfabeta. Pero ordinariamente una madre es una educadora innata, con su amor al bebé. Y un padre puede ser un gran sabio, pero si después de engendrar, abandona a la mujer y al hijo, entonces es un deformador desentendiéndose de la educación del hijo.

En Dios encontramos una verdadera y auténtica Paternidad que le hace prototipo de Padre y Maestro. “Ustedes no se dejen llamar ‘Maestro’ porque uno solo es su Maestro... Ni llamen a nadie Padre, porque uno solo es su Padre, el del cielo” (Mt 23, 8-9).

Hagamos una primera aproximación a la pedagogía del Evangelio para comprender nuestro papel.

## **1. Pedagogía bíblica.**

Podemos encontrar dos estilos educativos, uno que termina siendo desechado, y el otro asumido.

El primer esquema se basa en la siguiente secuencia: cumplir la ley es tener éxito; despreciar la ley acarrea un castigo.

El mensaje era el siguiente: al que cumple la ley, todo le va bien. Al que quebranta la ley, todo le va mal.

Es el sistema “premio y castigo”. Así razonan los amigos de Job: Te ha ido mal, porque has pecado. Arrepiéntete, y volverás a prosperar. Job se revela contra esa pedagogía, y con él mucha gente.

¿Qué pasa? Se abandona un principio abstracto y se acude a la experiencia. Ordinariamente a los buenos les va mal, y a los malos les va bien. Prosperan los que no tienen escrúpulos, los que engañan, los que mienten. Los honrados, en cambio, no salen de su pobreza porque no se atreven a robar.



Se pasa a sí a un segundo esquema pedagógico: No basarse en principios abstractos, sino acudir a la experiencia. En el primer esquema se afirmaba: Los justos triunfan. En el segundo esquema se afirma: No siempre los justos triunfan aquí en este mundo.

¿Qué significa esto? ¿Qué el primer aserto era falso y el segundo verdadero? No es así de sencillo. El error produce una crisis que puede ser positiva. Lo que parecían dos dogmas contradictorios (al justo todo le sale bien; al justo no todo le sale bien), hay que colocarlos en un proceso educativo, donde el error tiene un papel que cumplir. No se trata de optar por un esquema negando el otro, sino de descubrir la sucesión que lleva del primero al segundo.

Por eso ningún período histórico puede considerarse como verdad definitiva, sino más bien como una senda por donde se camina hacia una verdad más honda. Se trata de aprender a aprender.

La verdad es un proceso que no puede identificarse con aprender a repetir. La realidad es dinámica e histórica, no estática.

Entonces podemos concluir señalando dos tipos de aprendizaje:

Aprendizaje de primer grado: “digital”, dar información, contenidos, sin preguntas sino respuestas prefabricadas, sin experiencia. Es aprender a repetir. Pedagogía apresurada.

Aprendizaje de segundo grado: “icónico”, descriptivo, narrativo, muestra caminos. Más que contenidos, es método. Se basa en la experiencia. Hay preguntas existenciales, no se conocen las respuestas. Es aprender a aprender. Pedagogía lenta.

La persona y la actividad educadora de Jesús de Nazaret confirma este aprendizaje de segundo grado. Si Dios, después de Jesús, hubiese proveído sólo informaciones perfectas e invariables a los hombres, entonces habría cortado el proceso de búsqueda de la verdad, que es inherente a la existencia humana.

El Espíritu Santo sigue el proceso de humanización de todos los hombres. La teología joánica llega a la profunda afirmación que pone en labios de Jesús: “Les conviene que yo me vaya” (Jn 16, 7), que es la consecuencia pedagógica de otra afirmación: “Tengo aún muchas cosas que decirles, pero no podrían cargar con ellas”.

Hay aquí la misma preocupación de todo auténtico proceso de aprendizaje de segundo grado – de todo enseñar a pensar-, de no adelantar una información por el sólo hecho de ser verdadera.

Además, como en toda pedagogía, se da la necesidad de la experiencia para crecer y madurar. Dios no nos hace nacer adultos, (sería contra natura), sino niños teniendo por delante todo lo que hay que aprender.

El aprender a aprender exigir, a partir de cierto grado, la ausencia física del maestro, aunque siga estando presente y activo su Espíritu. Desde fuera parecerá que el aprendizaje ha terminado, cuando no ha hecho más que entrar en su etapa más creadora y fecunda.

## **2. Formación y vida.**

Si la educación es formación integral, y no sólo la faceta intelectual, entonces la formación es vida. Los educadores vivimos; los niños y jóvenes viven. Tenemos como denominador común la vida. Luego si la formación es vida, todos somos formadores (o deformadores) y todos somos formandos. Todos estamos en camino; nadie puede decir que ya terminó de vivir, ni siquiera los difuntos, porque la vida no termina, se transforma (prefacio de difuntos). De ahí sacaríamos unas conclusiones:

- La formación no es solamente para los niños y jóvenes, sino también para los adultos. La formación es permanente.
- La formación es bidireccional. Un educador está formándose en contacto con los niños, los niños también educan.
- Al ser “vida”, la influencia de unos en otros puede ser positiva (formación) o negativa (deformación).
- Al ser “vida”, la formación no se puede momificar, reduciéndola a contenidos abstractos. La vida es narración, proceso, icónica. Pero muchos intentan disecarla, reducirla a lo digital, a simple tema de “información”.

Es indudable que se requiere información, pero ésta no lo es todo, ni siquiera lo más importante. Lo importante es la vida, y la prioridad debe dársele al testigo, al que testimonia con su práctica la actividad del Espíritu, humanizando, creando solidaridad, porque no somos “islas”. Con lenguaje cristiano, somos hermanos.

Dentro de esta línea de horizontalidad, podemos testimoniar, pero no podemos reducir a nadie a la categoría de objeto. Todos somos sujetos, con nuestra vida, con una palabra que decir. La relación educativa es de sujeto a sujeto, nunca de sujeto a objeto. Cuando cosificamos, deshumanizamos, deformamos, damos muerte.

En cambio, en línea de verticalidad sólo Dios puede llegar a lo más íntimo de la persona. Sólo Dios es principio de vida, por eso sólo Dios es auténticamente Padre y Maestro. Nuestro papel permanece en lo epidérmico.

Siendo esto así, tenemos que reconocer que nuestro papel no es “Maestro”, sino “Pedagogo”. El pedagogo originalmente era el esclavo que tenía como misión llevar los niños junto al maestro y dejarlos bajo su responsabilidad. Quizás el esclavo pedagogo no sabía leer ni escribir, pero sin interferencia personal, ponía en contacto Maestro y discípulos.

Ese sería propiamente nuestra tarea: ser pedagogos: llevar al único Maestro, y luego, ponernos todos, discípulos y pedagogos, en esta coyuntura ya todos discípulos y condiscípulos, a la escucha del único Maestro verdadero. El educador debe estar dispuesto a eclipsarse, anonadarse (Flp 2, 8): “Conviene que yo me vaya” (Jn 16, 7), morir al protagonismo para que los demás crezcan (Jn 3, 30).

La importancia del educador radica en ser “compañero” (el que comparte el pan en el camino).

Quiero recordar unos pensamientos de S. Agustín que, iluminándome, me ayudaron:

a) Tenemos un solo Maestro y, bajo él, somos todos condiscípulos. No nos constituimos en maestros por el hecho de hablar desde la cátedra: el verdadero maestro habla desde dentro (serm. 134, 1,1).

b) En la escuela del Señor todos somos condiscípulos (serm. 242, 1).

c) En todo lo que comprendemos, no consultamos a la voz que retumba en el oído, sino a la verdad que reside en la mente, si bien las palabras externas nos sirvan de estímulo (De Magistro 11, 33).

d) No hablo como un maestro, sino como un servidor. Porque no hablo a discípulos, sino a condiscípulos; no a siervos, sino a consiervos. Hay un solo Maestro cuya escuela está en la tierra y cuya cátedra está en el cielo (serm. 292, 1, 1).

e) Nadie logra elevar al otro a su propio nivel, a no ser que él mismo descienda al nivel del otro (epist. 11, 4).

f) Es preferible que nos critiquen los gramáticos, a que no nos entiendan los alumnos (In Psal 138, 20).

g) Que tu encuentro con la verdad sea tal que puedas seguir buscándola (De Trin. 9, 1, 1).

h) En tanto soy un buen maestro en cuanto sigo siendo alumno (serm 244, 2).

i) El verdadero maestro está siempre dispuesto a aceptar la corrección. Es mejor corregirse, aunque a uno le tengan por pequeño, que romperse la cabeza por mantenerse en la propia terquedad (Epist 193, 10).

j) Tres tipos de educadores:

- Unos venden palabras a cambio de un sueldo. Son “cotorras” y “ladrones”: cotorras porque no hacen más que repetir el disco. Ladrones, porque viven de lo ajeno.

- Otros, como las piedras miliarias, muestran el camino a los demás, mientras ellos se quedan parados. Dicen pero no hacen.

- Otros finalmente se ofrecen en testimonio a sus alumnos. No sólo muestran el camino sino que van por delante. Hacen lo que dicen. (Resumen de su pensamiento en varios lugares).

### **3. Espiritualidad educativa.**

Vamos a centrarnos en hacer de nuestra vocación educativa una espiritualidad, sin caer en el divorcio de fe y vida. Me ha ayudado bastante el autor Henri Nouwen con su libro “Abriéndonos” (Ed. Guadalupe, Buenos Aires 1994).

Quiero comentar el movimiento que él llama “desde la hostilidad a la hospitalidad”. Nos hemos vuelto tremendamente agresivos. Y se nos invita a transformar la hostilidad en hospitalidad. No rechazar sino aceptar al prójimo en comprensión y afectividad. Y ahí sitúa Nouwen el tema de educadores y estudiantes.

“Si existe un campo en el que es necesario un espíritu nuevo, una espiritualidad que redima y libere, éste es el campo de la educación, en el que tantos pasan la vida o al menos los períodos más decisivos de ésta, como estudiantes o docentes, o como las dos cosas a la vez. Una de las tragedias más grandes de nuestra cultura es que millones de jóvenes pasan horas, días, semanas y años escuchando lecciones, leyendo libros y escribiendo deberes con un espíritu de resistencia que va en constante aumento. Si hay una cultura que haya conseguido matar la curiosidad espontánea del individuo, adormeciendo el deseo humano de saber, ésa es nuestra sociedad tecnocrática”.

“Uno de los más graves problemas de la educación consiste en ofrecer soluciones sin que existan interrogantes. Parece que la fuente menos usada de formación e información es la experiencia propia de los estudiantes. A veces los docentes hablan de amor y de odio, de temor y de gozo, de esperanza o desesperación, mientras los alumnos toman apuntes obedientemente o miran aburridos por la ventana. Todo eso se vuelve comprensible cuando se cae en la cuenta de que los alumnos no han tenido oportunidades de experimentar por sí mismos el amor y el odio, el temor y el gozo, permitiendo a sus propias preguntas brotar de una fuente personal”.

Esto es importante. Los alumnos son destinatarios pero no sujetos de su propia formación. El ambiente educativo no es de confianza, sino de temor. Y nadie saca a relucir sus mejores dotes frente a quien teme. Porque el profesor, lo quiera o no, está utilizando un mensaje amenazador frente al estudiante: puede reprobarnos, hacernos repetir curso. La amenaza nunca será un recurso educativo, ni humano ni cristiano.

La pregunta pertinente sería: ¿Es posible ser hospitalarios unos con otros en el aula? Es difícil ser hospitalarios, pues tanto alumnos como docentes forman parte de una sociedad muy exigente, consumista, en la que el desarrollo personal ha pasado a un segundo plano frente a la capacidad de producir y de ganarse un medio de vida. En una sociedad tan orientada a la productividad ni las escuelas tienen tiempo ni espacio en que los interrogantes sobre por qué se vive, se ama, se trabaja y se muere puedan ser planteados sin riesgo de suscitar competitividad, rivalidad y preocupaciones sobre eventuales castigos o premios. Y sin embargo la enseñanza, desde el punto de vista de la espiritualidad cristiana, es esfuerzo por crear espacio libre de miedos en que tales preguntas puedan emerger a nivel de conciencia.

“Si miramos la enseñanza en términos de hospitalidad, podemos decir que el docente está llamado a crear en los alumnos un espacio en que no exista el miedo y en el que pueda tener lugar un desarrollo mental y emotivo. Si queremos hablar de la “espiritualidad del docente” debemos prestar particular atención a los datos de la misión: el que revela, el que confirma.

La hospitalidad en sentido anímico debe ser una dimensión del docente. El profesor “que hospeda” debe revelar a los alumnos que ellos tienen algo que ofrecer. Muchos jóvenes han perdido toda confianza en sí mismos y no se ven como personas que tienen algo que dar. Por eso el profesor debe ante todo desvelar, quitar el velo que cubre la vida mental de muchos alumnos, ayudándoles a constatar que su experiencia de vida, sus convicciones, sus formulaciones, merecen seria atención.

No crearemos nunca tener algo que dar si no hay alguien capaz de recibir. Los docentes que saben permitirse a sí mismos ser receptivos de cara a

la novedad que los alumnos traen consigo, descubrirán que en la receptividad los dones se hacen visibles.

“Eso que se revela como bueno, digno o como un nuevo aporte, debe ser aceptado y confirmado. La aceptación, el animar y apoyar son a veces mucho más importantes que las críticas. Hospeda bien quien no sólo ayuda a los invitados a descubrir que tienen dotes escondidas, sino que también sabe ayudarles a desarrollar y profundizar tales dotes, de modo que ellos puedan proseguir el camino solos, con renovada confianza en sí mismos. La duda sobre sí mismo es una enfermedad que inunda tanto los centros de estudio, que la confirmación es más importante que nunca: la convicción de que un don precioso merece atención y cuidados incesantes”.

Es lamentable que la buena noticia muchas veces, por las limitaciones personales de los evangelizadores, se trasmita como una mala noticia, que en vez de suscitar esperanza, despierta temores. “No es extraño que muchos encuentren la enseñanza religiosa aburrida, superflua e inútil, lamentándose de que crea miedos en vez de gozo, prisiones mentales en vez de libertad espiritual. Pero quienes han podido descubrir un lugar de reposo y de soledad interior y han escuchado con atención las preguntas que nacían de sus corazones reconocerán también que las palabras dichas en aquel lugar son palabras que no hieren sino que sanan.

De este modo la revelación y la confirmación son dos aspectos importantes de la relación entre docente y alumno. Ambos aspectos demuestran que los alumnos no son sólo mendigos pobres, ignorantes, que recurren al hombre o a la mujer que sabe, sino “invitados” que honran su casa con su visita y que no se irán sin haber aportado algo personal. Ver la docencia como una forma de hospitalidad podría liberarla de su obligatoriedad, destacando en su justa prospectiva algunos de los momentos felices”.

La docencia es un arte. Pero los males comienzan cuando el docente quiere ocupar un lugar destacado, ser importante y ejercer un dominio vertical. Cuando el docente acepte ser insignificante y no pretenda el primer puesto; cuando se considere también él en búsqueda, peregrino y fraterno, estará acertando con la verdadera senda educativa. La misma etimología “educación = educere, sacar lo que uno lleva dentro”, descubre cuál tiene que ser esta tarea: la de la partera, una labor mayéutica al estilo socrático, y sobre todo al estilo de Jesús de Nazaret.

“Los alumnos no pueden ser modelados en una única forma específica de vida virtuosa: sólo son huéspedes temporales. Los docentes deben ofrecerse a sí mismos para ayudar a ver más claro, descubriendo modelos de pensamiento sobre los que podrán (los alumnos) construir su existencia. Con una presencia revelante y confirmadora, se puede ofrecer una zona segura dentro de la cual

los alumnos abandonarán la posición defensiva, recurriendo a sus propias experiencias vitales.

El desafío del tercer milenio es superar la masificación y lograr unas relaciones humanas entre educadores y educandos, superar la relación sujeto-objeto para lograr la de sujeto-sujeto. Todos tienen algo que decir. Reducir al silencio no es educar. Prohibir pensar no es evangélico ni humano. No sorprende el que muchas escuelas sean más aptas para formar rivales que personas hospitalarias.

Todos debemos acompañar y dejarnos acompañar. Una enseñanza liberadora y personalizante irá logrando que las cárceles se vayan cerrando y entremos en una época menos policíaca y militarizada, más fraterna y humana...

(Cfr. Pastor B. Sánchez. Espiritualidad educativa, según Nouwen. En Nuevo Mundo 189 (2000) 21-27).